

ESTO NO ESTÁ PASANDO

CARMEN
ROMERO

Un testimonio
emotivo y honesto
sobre el duelo,
en clave de humor

**ESTO
NO ESTÁ
PASANDO**

CARMEN
ROMERO

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 4.

© Carmen Romero, 2024

© Editorial Planeta, S. A., 2024

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

www.planetadelibros.com

Diseño de interior: © Mauricio Restrepo

Fotografía del interior: © Carmen Romero

Iconografía: Grupo Planeta

Primera edición: mayo de 2024

Depósito legal: B. 6.952-2024

ISBN: 978-84-08-28729-2

Preimpresión: Realización Planeta

Impresión: Liberdúplex

Printed in Spain – Impreso en España



ÍNDICE

1 — 16 DE JUNIO DE 2016	11
2 — EL DIABLO HA VENIDO A VERNOS	31
3 — VEINTIÚN DÍAS	55
4 — ESA URNA NO ES MI HERMANO	85
5 — EPT	115
6 — ¿ME HE VUELTO LOCA?	147
7 — TERAPIA DE CHOQUE	183
8 — MEJOR REÍRSE	219
9 — 9 DE ENERO DE 2024	277
AGRADECIMIENTOS	281

|—

16 DE JUNIO DE 2016

PARO LA PELÍCULA *El Padrino* que hemos empezado a ver porque hace veinte minutos que Miguel se ha ido a dormir. No se encontraba bien, así que voy a ver si necesita algo.

Igual ahora sí quiere la merienda que le había preparado.

Espero que no le haya dado el brote psicótico otra vez. Lo espero por él, pero también por mí, porque no he pensado en qué hacer si le vuelve a pasar y me da mucho miedo esa posibilidad. No, no creo. Parecía muy tranquilo. Se ve luz por debajo de la puerta. ¡Qué raro!, si le oí bajar las persianas. No se habrá conseguido dormir. Abro la puerta, y en un segundo lo entiendo todo y lo dejo de entender para siempre. La ventana está abierta al máximo, nunca la había visto así, da vértigo. Las cortinas están sueltas y se mueven con el viento. Una está un poco descolgada, como si hubieran tirado muy fuerte de ella. Parece una

película, para mí es una película. En ese momento, mi cerebro apaga el interruptor de la realidad y pone el piloto automático. No soy capaz de entrar al cuarto. Me quedo en la puerta, agarrada al marco, como en las películas. «¿Lo ves? Esto es una película, no está pasando».

La cama está deshecha y Miguel no está por ningún lado, ya he recorrido la habitación con la mirada varias veces, y a no ser que ahora tenga el tamaño de los chavales de *Cariño, he encogido a los niños*, no está ahí. Bueno, puede que haya encogido, por qué no. Ahora mismo cualquier excusa para no encontrar a Miguel me sirve.

¡El baño! Claro, el baño. Eso es. Hay una oportunidad de salvación. Miguel debe de estar en el baño. Me giro y lo veo abierto con la luz apagada. No está ahí. Empiezo a buscarlo por toda la casa. Tiene que estar. La recorro como si estuviera buscando una aguja en un pajar, que es lo que me he dedicado a hacer desde entonces. Buscarle sentido a esa tarde y, en definitiva, a la vida.

Esta película no me está gustando, me estoy empezando a asustar. Me niego a entrar en su cuarto, Miguel va a aparecer en cualquier momento, no voy a mirar por la ventana, no le voy a encontrar ahí. Miguel está en algún lado de la casa. Sigo buscando.

Miro hasta detrás de las puertas. Siempre ha sido muy bromista, pero esto es demasiado. Qué hijo de puta, se está escondiendo muy bien. Voy a perder al escondite y ni siquiera sabía que estaba jugando.

Desesperada, viendo que se me agota el tiempo para encontrarle, decido preguntarle a María, nuestra hermana. Ella es la mayor, debe de saber dónde está. Los hermanos mayores siempre tienen respuestas. Tengo la esperanza de que haga aparecer a Miguel por arte de magia. Si le saca de un sombrero, será mucho más creíble que lo que parece estar pasando, porque no: esto no está pasando.

María me dice que Miguel está en su cuarto, durmiendo. «Miguel no está en su cuarto» es lo único que alcanzo a decir, y por mi tono de voz y por mi palidez en la cara, que debía de parecerse a la de Voldemort, ella se da cuenta de dónde puede estar. Va corriendo hacia el cuarto y, en cuanto llega a la puerta y ve la escena de película, empieza a repetir «no, no, no...». Mira, le ha pasado como a mí, pero ella es capaz de decirlo en voz alta. Se asoma corriendo a la ventana. «No, joder, no, no te asomes. Si no le vemos, todavía le podemos encontrar». Empieza a gritar y a llorar. Se agarra fuerte al aluminio de la ventana, como para coger impulso. No me jodas, María. Ahora que hemos descubierto dónde está Miguel no vale hacer lo mismo, hay que esconderse en otro sitio.

Miro por la ventana porque sé que se ha acabado el juego. Ahí está, en el suelo. Se me hace rarísimo verle tan quieto, creo que tiene los ojos cerrados. No veo sangre. Eso significa que está en coma. Para mí tiene sentido. No hay sangre porque está en coma. Eso es. Le va a costar recuperarse, pero, ya ves, seguro que se recupera. Es una buena hostia, son trece pisos, y va a estar un buen tiempo en coma, pero lo que nos vamos a reír luego, ya verás. Le voy a hacer bromas con esto hasta que se muera. Porque ahora no está muerto. No. No puede ser. Las películas siempre tienen un final feliz.

Ya hay gente alrededor de él. Joder, se han enterado antes que nosotras. Ah, que el ruido sordo que levantó el edificio hace un rato no eran dos coches chocando. Ya decía yo que no había visto nada al mirar por la ventana. Miré por la que no era.

María quiere bajar corriendo y yo no quiero, porque si no lo veo de cerca es que no ha pasado. «¿Cómo no vamos a bajar, Carmen?», me dice ella, llorando. Creo que ya no volví a verla sin llorar durante unos cuantos días. Yo, sin embargo, no soy capaz de llorar. De pronto eso me preocupa. ¿Por qué no puedo llorar? Claro, es que no hay un motivo para llorar. Todo esto no está pasando. No estoy sintiendo nada, así que no lloro, y no siento nada porque no pasa nada. Simplemente estoy viendo una película bastante desagradable. Le voy a poner un cero en Filmaffinity.

Me doy cuenta de que María ha bajado corriendo y de que yo sigo sin querer bajar, porque, si cierro los ojos y lo deseo muy fuerte, creo que Miguel aparecerá por casa riéndose a carcajada limpia, casi ahogándose, como siempre que gastaba una broma. Mientras, me empiezo a vestir de forma automática. Todo mi cuerpo está gritando que no me mueva, que cierre los ojos y que espere a que todo esto pase, pero mi conciencia me dice que María no debería enfrentarse a esto sola, así que tendré que bajar. Otra vez Miguel tocando las narices. No para, es un profesional.

Llamo al ascensor. Joder, cuánto tarda. Claro, tiene que subir trece pisos. Miguel ha bajado enseguida. Igual es que el ascensor tardaba mucho y él tenía prisa. Vaya mierda de pensamientos tengo, menos mal que es un sueño y mañana no los voy a recordar.

Cuánto tiempo llevo esperando el ascensor, ¿tres horas? Ah, no, solo un minuto. Joder, Einstein, ya ves, el tiempo sí que es relativo. Einstein al final resultó ser otro hijo de puta, ¿no? No lo sé, debería comprobarlo. Debería hacer cualquier cosa con tal de no bajar a la calle. Sigo esperando el ascensor. Noto el latido del corazón en las sienes a mil por hora, es lo único que puedo sentir. Pienso que no debe de ser sano que vaya tan rápido, y a la vez creo que es mejor que vaya rápido a que no lo haga. Igual el de Miguel no va. No, sí va, claro que va. Hemos quedado en que Miguel está en coma, pero se despertará. Entro en el ascensor y

me miro en el espejo. Se me hace rarísimo verme. No me reconozco. Es como si no fuera yo. Como si en el espejo se reflejara una extraña que está viviendo esto y que no soy yo. «Esto no está pasando», empiezo a repetir como un mantra. Creo que he malinterpretado el libro de metafísica que estoy leyendo sobre que esta vida es un sueño. Eso era de Calderón, ¿no? ¿Le habrán plagiado? ¿Calderón era el del estadio del Atleti? Vaya jefe si dijo esas barras y encima le hicieron un estadio.

El ascensor llega abajo. Salgo al portal. A la derecha, a unos diez metros, está Miguel tirado en el suelo, rodeado de médicos. Sigo sin ver sangre. ¿Ves? Está en coma, lo que yo decía, me alegro de tener razón. María está llorando apoyada en la verja del edificio. Voy a abrazarla; aunque sea un sueño, quiero ser buena persona. Me da pena verla así. Estoy empatizando con este personaje bastante, ojalá luego le pasen cosas buenas. La abrazo fuerte, como si la fuerza pudiera teletransportarnos de este sueño de mierda. En el fondo, lo que dice la poca energía que tengo ahora mismo es «siento mucho que estemos tan jodidas», pero no soy consciente. Quiero decirle que esté tranquila, que esto no está pasando, pero descubrir la verdad en voz alta me da miedo, por si me quedo atrapada en el sueño. Sigo repitiendo en bucle mentalmente: «Esto no está pasando».

Mientras la abrazo, miro hacia Miguel. Ella se ha acercado a él, me ha dicho, pero no logra decir nada más. Yo no me voy a acercar porque estoy segura de que está en coma, no me hace

falta comprobar nada. No, es que no me puedo acercar. Se me hace imposible. A lo lejos veo como si su brazo estuviera partido en dos a la altura del codo. Debe de ser que esta perspectiva me está engañando. Si de verdad lo tiene partido, no pasa nada: como va a estar un tiempo en coma, se lo pueden colocar otra vez. Eso se hace, ¿no? Un Mr. Potato humano. Los médicos saben, dejémosles trabajar.

Todo está bien. No pasa nada. Esto no está pasando. Ahora nos van a decir que lo llevan al hospital y listo. Vaya susto, qué movida. Se acerca hacia nosotras un médico con mal gesto. Yo sigo abrazando a María. Viene negando con la cabeza. A mí no me niegues, imbécil, que no soy Jesús. Empiezo a enfadarme. Ya está bien con la broma. Alguien tiene que poder arreglar este desastre antes de que venga mi madre y, aunque me siento completamente responsable de todo esto, reconozco que yo no soy capaz, no sé qué coño hacer, si no he podido ni mirar por la ventana sola, ¿no podría alguien cooperar? Solo pido un mínimo de ayuda, que le den a Miguel una torta en la cara o algo para que se despierte. Ah, no, que está en coma, súbelo a la camilla y nos vemos en el hospital, venga. Yo voy con mi coche.

Lo único que nos dice el médico es «lo siento». Pues yo no: desde hace un rato no siento absolutamente nada más que el aire frío que hace para ser junio. Me tenía que haber bajado una rebeca por si refrescaba, cómo se nota que no está mi madre, y que no aparezca, por favor. Nunca he tenido menos ganas de

verla que ahora mismo. Hasta que no resolvamos este contra-tiempo no puede aparecer.

Pienso todo esto, pero solo le digo al médico «no». «Lo siento». No. No lo sientes, ya te lo digo yo. ¿Le estoy haciendo un *womansplaining*? ¿Eso existe?

«Es una caída de unos cien metros, no se puede hacer nada». Siempre se puede hacer algo, intentemos algo. Por lo menos meterle en los récords Guinness, que ha volado cien metros. Aunque creo que nos van a decir que, para registrarlo, tendría que haberse levantado. No lo sé, tengo que consultarlo. Esto y lo de Einstein.

El médico nos aprieta el hombro y se va. María llora más. Yo ya no puedo decir nada. Nos acaba de decir que Miguel está muerto. Así. Ya no está. Pero si hace media hora estaba en la cama. Si hace cuarenta minutos estábamos empezando a ver *El Padrino*, que ninguno de los dos la había visto. Joder, ya no la voy a poder ver nunca. Me ha jodido *El Padrino*. Ya no sabré si apadrina niños. Qué putada. Teníamos que haber visto *El club de los 27*, que, de pronto, ha pasado a ser su *biopic* y el *spoiler* me daría igual. De hecho, a Miguel aún le faltan dos meses para cumplir veintisiete. Es el benjamín de la lista de celebridades que han muerto a esa edad.

Mi cerebro sigue sin ser capaz de procesar. Está muerto, vale, no pasa nada. Lo importante es que mamá no se entere. Si se

entera le puede dar un infarto. Siento que la muerte de Miguel es culpa mía, así que, si le pasa algo a mamá, también lo será. Me esfuerzo por pensar una coartada para lo de Miguel y así proteger su corazón, porque dos muertes en una misma familia, en un mismo día, no se pueden dar, ¿no? Y encima no son gatos, solo tienen una vida. No, sería demasiado jodido, aunque ahora mismo me creo que puede pasar, así que a buscar excusas. «Se ha ido a Nepal», se me ocurre. Nepal mola, ¿no? Nunca he estado, pero suena bien. Sí, eso funcionará. Creo firmemente que decir que Miguel se ha ido a Nepal con el pijama de Hello Kitty que le he dejado para dormir la siesta colará, como creí cuando tenía siete años que Tete, el perro que habíamos traído del Rastro, viviría debajo de la cama si se lo pedía amablemente y así mamá nunca se enteraría de su existencia. Ese plan me duró diez minutos, hasta que abrió la puerta del cuarto y el perro salió corriendo a saludarla, pero este me parece mucho más consistente. He tenido dieciséis años para perfeccionarlo desde entonces, no fallará.

También podemos fingir que Miguel nunca ha existido, aunque eso me parece un poco más difícil de mantener que lo de Nepal, y no me hace mucha gracia que mamá piense que está loca. Me imagino preguntándole: «Mamá, ¿ese Miguel del que nos hablas está en esta habitación?». (No, ese es el problema.) No, no voy a aguantar mucho con ese plan, siempre me da pena tomarle el pelo a la gente, acabo confesando antes de empezar. Ella no tiene que sufrir por mi culpa, aunque ahora mismo pien-

so que es exactamente eso lo que va a pasar, porque no he sido capaz de evitar este desastre.

Un policía local me dice que le dé mis datos y los de Miguel porque le ha preguntado a María, pero no está en condiciones de hablar. Ay, amigo, si supieras que ahora mismo tengo el vocabulario de un mono borracho pensarías un poco lo que estás diciendo. Pero le digo que sí porque sigo en piloto automático. Subimos a casa el policía, que, sinceramente me ha parecido un poco maleducado por no dar ni las buenas tardes, aunque no sean buenas, una mujer del SAMUR que parece maja y yo. «Hace frío hoy, ¿eh?», les digo en el ascensor. Es increíble como bajo cualquier circunstancia en un ascensor se habla del tiempo con los extraños. Llegamos a casa, vamos al cuarto de Miguel. «Ay, hay una nota en la mesa, ¿la has visto?», me dice la mujer del SAMUR. Hostia, no, a ver, una nota de despedida. Ojalá ponga solo «Dew», es la única nota de despedida que me parecería guay.

«No, no la veas ahora, luego la ves». Pero, señora, qué tipo de *clickbait* es este. Mi hermano ha dejado algo escrito, es la única explicación que hay a esta puta locura y me dice que la vea luego. Váyase a la mierda, con respeto. Voy a leerla ahora porque, con suerte, se acaba este sueño. Como en *Origen*, ¿no? Que lee una nota y se despierta. No lo sé, me quedé dormida viendo *Origen*, algo que siempre me ha parecido gracioso, así que me inventé el final.

A ver qué coño dice este de la que ha liado. Hay una sola palabra escrita. ¿Es una pista, como en *Indiana Jones*? Qué guapo. Ah, no, pone «Diazepam», lo que le mandó el psiquiatra ayer por si tenía ansiedad. Vaya, ya llega tarde a la toma. Me parecía raro que Miguel dejara una nota de suicidio. No es su estilo. Es más de bomba de humo, como yo. Creo que se le ha ido de las manos esta vez.

No sé a qué se dedica esta señora rubia del SAMUR, pero no me parece muy buena si ha confundido el nombre de un medicamento con una nota de suicidio. Aunque, espera..., ¿y si de verdad es una nota de suicidio? Diazepam debe de ser una palabra clave. Claro, Diazepam es un anagrama de... *mapadize*. Eso tiene menos sentido. No, definitivamente, no es una nota de suicidio. Lo que sí puede ser es una prueba de que se ha ido a Nepal. A buscar *mapadize*, la famosa bebida de los nepalíes. ¡Buah, es un plan sin fisuras! De pronto tengo ganas de ver a mamá para contarle cuanto antes que Miguel se ha pirado a Nepal a por ansiolíticos líquidos y así poder seguir con nuestras vidas como siempre. Ya está, todo solucionado. Cerebro, te debo una. Prometo darte más omega 3.

El policía de nula educación me pide el DNI de Miguel, lo apunta y se larga sin decir adiós. Cómo se nota que es hombre: en cuanto termina con lo suyo, se pira.

De pronto, aparece un señor por la puerta de la habitación haciendo fotos sin decir nada. Lo sabía, es una película. Qué

alivio. Tengo la prueba definitiva. Si no es una película, ¿qué loco aparece en un dormitorio haciendo fotos? Un *voyeur*, ya, pero este señor no tiene pinta de eso y aquí nadie está follando, aunque ver a alguien follando ahora mismo me parecería lo más normal y lógico según se están desarrollando los acontecimientos.

El señor se dirige a la mujer del SAMUR para decirle que es el forense y preguntarle si se ha tirado desde ahí. No, le estaba enseñando a esta señora las vistas de Madrid que tenemos desde este ángulo, que son preciosas. Vaya idiota, encima ni me mira, otro maleducado. Vas a pasarte la noche observando a mi hermano y ni me saludas. Mira, al final sí que es un *voyeur*.

De pronto me doy cuenta de que nos han metido en una ambulancia a María y a mí. Ahí estamos, sentadas y calladas. Creo que esta ambulancia está mal aparcada y mi calle es muy estrecha, los coches no van a poder pasar. Pues que se jodan, también te digo, no me puedo preocupar por todo el mundo hoy. Qué hacemos aquí, vaya desperdicio de ambulancia. Bueno, Miguel ya no la necesita, así que podemos estar un rato, supongo. María sigue llorando.

Una chica joven que masca chicle con la boca abierta nos pregunta cómo estamos. He tenido días mejores, la verdad, pero bueno, no me quejo, que todavía puede ser peor, pienso mientras miro al vacío. No me apetece contestarle, y de pronto

me parece buena idea ser maleducada yo también. ¿Por qué voy a tener que atender y responder a todo lo que estos desconocidos me pregunten si mi hermano se acaba de marchar para siempre y mi vida se ha roto en mil pedazos, aunque ni siquiera lo pueda sentir ahora mismo? Sinceramente, que os jodan a todos. Menos a María, María ya está bastante jodida. No deja de llorar, pobre. Debería beber agua, no puede tener lágrimas para mucho más tiempo. «¿Hay agua?», le digo a la chica que masca chicle. Me parece que mascar chicle enseñando más dientes que Isabel Pantoja mientras intentas animar a dos personas que acaban de perder a su hermano no es muy profesional. Ya me cae mal.

«No», me contesta borde. Ahora me cae peor.

Joder, cuánto tarda mamá, son más de las ocho de la tarde. Puto Einstein.

De pronto abren la puerta de la ambulancia. Es mi madre. Dejo de sentir las piernas, menos mal que estoy sentada. Repaso mentalmente el plan de Nepal. Rápido, es la hora. Mierda, no le he contado el plan a María, la va a cagar. Mierda, mierda, mierda. Veo que mi madre tiene la cara que debo de tener yo desde hace una hora.

«¿Qué ha pasado?», pregunta muy asustada.

Nada, me la cargo con todo el equipo. Se acabó, no voy con lo de Nepal porque básicamente no puedo decir nada. «Lo siento», atino a decir.

«¿Qué ha pasado?», repite, más asustada. La mujer rubia y la mascachicles le dicen que se siente. Señoras, ustedes no son Tejero, mi madre quiere saber qué coño ha pasado y yo, como desde hace una hora, quiero que alguien haga el trabajo por mí, porque yo no soy capaz de hacer nada, así que, por favor, hagan algo útil hoy y cuéntenle alguna mentira que sirva para que no vuelva a preguntar nada sobre el tema y acabemos con esto para siempre. «Miguel se ha tirado por la ventana», dice María. Vaya, ahora sí está para hablar. «No puede ser», dice mi madre. Bienvenida a mi equipo, mamá, ya somos dos negacionistas. Empieza a llorar fuerte. «Que no le dé un infarto, por favor» es mi nuevo mantra. A la vez pienso que una ambulancia es de los mejores sitios para que te dé un infarto, pero como la tengan que atender las dos que hay dentro lo llevamos claro. Si una ha confundido una nota de suicidio con el nombre de un medicamento no quiero saber qué hará con los desfibriladores. Y la otra tiene pinta de querer usar el chicle para hacer que el corazón vuelva a latir, aunque eso será si no se lo hago tragar antes.

Mi madre se sienta a plomo llorando desconsolada.

—¡¡No puede ser!! ¿Dónde está? ¡¡Quiero verle!!

(He puesto dos para que sean pares, pero no hay suficientes signos de exclamación que hagan justicia a su nivel de voz en aquel momento.)

Tarde, ya se lo han llevado. ¿Se lo han llevado sin que su madre lo pueda ver? Se lo han llevado sin que su madre lo pueda ver. Creo que hemos reunido a la gente con turno de tarde más gilipollas de Madrid hoy aquí, qué bonita casualidad. Mi madre no para de pedir verlo porque no se lo cree. Siempre sospeché que era más de Hume que de Descartes, no tiene un pelo de tonta.

Las brujas de la ambulancia insisten en que no puede verlo. Mamá, hija, ni que lo hubieras parido y criado con todo el amor que un ser humano pueda dar, no seas pesada.

Nos empiezan a hacer preguntas a las tres. Genial, a ver quién acierta más y se lleva el millón. Yo creo que con el Gordo de hoy ya hemos tenido suficiente, así que desconecto. No recuerdo qué nos preguntaban, he eliminado ese rato de mi memoria. Dicen que el cerebro tiende a borrar las malas experiencias, pero a mí me ha borrado antes la conversación con aquellas dos que el propio suicidio de mi hermano. Resulta que eran psicólogas del SAMUR. Creo que ese es el único momento en el que alguien ha deseado que un psicólogo no le dé cita hasta pasados seis meses.

Se abre la puerta de la ambulancia y entra mi tío. Esto va a terminar siendo el camarote de los hermanos Marx. No me acor-

daba de que le habíamos llamado para decirle que viniera rápido, pero no por qué tenía que hacerlo. La psicóloga que masca chicle me dijo que era importante no dar este tipo de noticias por teléfono, que es mejor en persona. Yo creo que no hay que fastidiar tanto a la gente, la mayoría de reuniones puede reducirse a un *e-mail*.

Mi tío no dice nada, se tapa las manos con la cara. Ya, si a mí también me ha partido la tarde de este martes, qué me vas a contar. Ya estamos todos. Ah, no, falta mi padre. Pero mi padre nunca está.

Subimos a casa los cuatro. Sigo sin poder entrar al cuarto de Miguel, solo me puedo asomar. Desde la puerta, veo su móvil en la mesita de noche. Se enciende porque le ha llegado una notificación. Es una sensación rarísima que el móvil siga funcionando, si ya no lo va a usar.

Vuelvo al salón. Ahora mi mayor preocupación es que nadie se acerque a las ventanas; las ventanas son el peligro, no toques la ventana, mamá, te puede matar. Los niveles de ansiedad me suben muchísimo cuando alguien se acerca a una ventana o la ventana emite cualquier ruido. ¿Es que no podemos obviar su existencia y ya está? No, mi familia sigue insistiendo en usar las ventanas. Genial. Cuando mi madre se acerca a cerrar una, la agarro fuerte como si estuviera al borde de un precipicio. Ella lo entiende y levanta las manos mientras se aleja de la ventana. Eso

es, que nadie se acerque a las ventanas y todo estará bajo control.

Me apoyo en la cama de María, pero no la siento. Sigo sin poder sentir nada. Ni por fuera ni por dentro. Es como si el tacto y cualquier tipo de emoción hubieran abandonado mi cuerpo. Claro, mi cerebro está en piloto automático y cuando maneja el piloto hay que poner el modo avión. ¿Cuánto tiempo se podrá estar sin sentir? Es muy raro, empiezo a creer que soy como un huevo hueco, un cascarón sin nada dentro.

Vale, si no puedo sentir, voy a pensar. Hay que usar la lógica. Miguel se ha muerto, esta noche le van a hacer la autopsia y mañana tendremos que ir a un tanatorio, esperar otro día más y, después, enterrarle. Habrá que hacer papeleo. ¿Vamos a heredar algo? Yo ya tengo sus sudaderas viejas de invierno, es todo lo que me interesa de sus posesiones. No creo que podamos sacar mucha tajada. Es militar, pero le gusta ser un disfrutón.

Le gustaba.

Ahora mismo mi mente solo repite lo que tenemos que hacer, paso por paso, como un robot de cocina. Mi hermano se acaba de morir, y solo pienso en qué ingredientes hay que ir echando. Toca meter el tanatorio y, mañana, cuando haya reposado, el entierro. No, espera, primero va la autopsia, no me la puedo saltar o se jode la receta. El *voyeur* del forense, es verdad. Tiene que

comprobar la causa de su muerte. Lo entiendo, yo tampoco confiaba en la dureza del cemento, pensaba que estaba en coma. Mañana es cuando lo llevan al tanatorio. ¿A cuál? Eso es importante. No me he enterado. Mierda, siempre me lío con los nombres, apenas soy capaz de recordar el mío.

Debo de dar pena sentada en la cama de María con las manos agarrando el colchón con la poca fuerza que me queda y la cabeza agachada pensando el próximo paso de la receta, porque María viene y me abraza fuerte. Cada abrazo es una confirmación más de que Miguel ya no está.

Han llegado sus compañeros de trabajo, ahora hay que sacar sillas y dar palique. No, creo que paso. Les saco solo las sillas y que se apañen, no tengo ganas de pensar estupideces para hablar. Además, está mi madre, el tema de conversación está controlado. Serafina sabrá hablar durante horas. No tardan mucho en irse. Si por ella fuera se habrían quedado a dormir, pero cree que mañana estarán cansados y tienen que trabajar. Los envidio, para ellos mañana la vida sigue. A nosotras se nos ha parado y no sabemos por cuánto tiempo. Quizá para siempre.

Ahora mismo solo tengo una cosa clara: no voy a dormir en el cuarto de Miguel, si no puedo ni entrar. Era mi cuarto desde que él se mudó hace unos meses, pero ahora es suyo y no lo puedo ocupar. Tengo la sensación de que aún está en casa, así que necesitará su cama. Dicen que cuando alguien se muere se queda

con sus seres queridos un tiempo; seguro que Miguel tiene pensando usar esta casa de Airbnb indefinidamente.

Juntamos las dos camas que hay en el cuarto de María, también mi excuarto, y nos metemos las tres dentro. Por estar tumbadas, supongo, porque todas sabemos que ninguna va a dormir.

Mañana temprano hay que ir a por el informe forense. Con la previsión de sueño de esta noche, por primera vez en mi vida me alegro de tener que madrugar.

Cierro los ojos y deseo muy fuerte que esto no haya pasado. Los abro y veo a mamá y a María en la cama. Mierda, no ha funcionado. Maldito Paulo Coelho, lo he deseado todo lo fuerte que he podido, cabrón. Vuelvo a cerrar los ojos, deseando desaparecer un tiempo, a ver si esto funciona. Mi plan es dormir hasta que toda esta pesadilla que estoy viviendo despierta se pase. No digo suicidarme, porque quedaría poco original ahora, pero sí encontrar un arreglo temporal para desaparecer un tiempo. Vuelvo, juro que vuelvo, pero necesito vacaciones de la vida. La excusa de ir a por tabaco ya está inventada, así que tengo que pensar en otra cosa. ¿Podría decir que me he ido a Nepal?

Mientras pienso cómo escaquearme de este marrón como una sucia cucaracha, siento como si alguien me abrazara fuerte. Abro los ojos y no lo está haciendo nadie. Me viene Miguel a la mente. Es él. Él me está abrazando, estoy segura. Tan segura como que

no voy a poder abrazarle nunca más. En ese abrazo me está diciendo que todo irá bien y, sinceramente, no tengo la más remota idea de cómo va a suceder eso, pero consigue dormirme.

Vaya minutos buenos de sueño. Puede que hayan sido diez. Me fastidia que aún sea de noche. Se me está haciendo larga ya y solo debe de haber pasado una hora desde que nos metimos en la cama. ¿Estarán ellas despiertas? Antes de que termine la frase mi madre resuelve la duda.

—¿Vosotras tampoco podéis dormir?

—No —respondemos María y yo a la vez.

Nos ponemos a hablar de todo y de nada, para distraernos cada una y para distraer también a las otras. Al final nos quedamos medio dormidas mientras sale el sol. Nunca había visto el amanecer desde una cama. Es verdad eso de que nunca te acostarás sin aprender algo nuevo.